

## LA HISTORIA DE LI WA

BO XING-JIAN

LI WA, señora del feudo de Jian-guo fue cortesana en Chang-an, pero tuvo una conducta tan ejemplar y extraordinaria que yo, Bo Xing-jian, censor imperial, decidí contar su historia.

En la era Tien Bao<sup>1</sup> vivía un gobernador de Chang-Zhou y señor de Ying-yang, cuyo nombre prefiero no revelar. Era un hombre respetado por sus contemporáneos y en su casa reinaba la abundancia. Al llegar a los cincuenta años de edad<sup>2</sup> tenía ya un hijo de unos veinte años,<sup>3</sup> un muchacho bien parecido y de gran talento literario que lo hacía destacarse entre todos sus compañeros. El padre estaba orgulloso de él y solía decir: "Este es mi potro de mil leguas".<sup>4</sup>

Cuando llegó el momento para que el muchacho se presentara al examen de doctorado, el padre le regaló ropa espléndida, un carruaje y caballos adornados y le dio una gran cantidad de dinero para sus gastos en la capital diciéndole: "Tengo confianza en tu talento y sé que pasarás tu examen con éxito en el primer intento. Te he dado lo suficiente para vivir dos años y he sido bastante generoso a fin de que te puedas dedicar a tu trabajo sin preocupación." El joven también estaba seguro de sí mismo y consideraba que obtendría un gran éxito con la misma facilidad con que se toca una mano con la otra. Partió de Bi-ling y después de un mes llegó a Chang-an instalándose en seguida en el barrio de Bu-zheng.

Un día, regresando del mercado del este, entró a la ciudad por la puerta de Ping-Kang y se dirigía hacia el suroeste para

<sup>1</sup> Años 742-56. Para una explicación sobre las *eras*, véase F. Botton, "La Historia de Ying-ying", *Estudios Orientales* Núm. 12, Vol. V, 1, 1970, nota de la página 63.

<sup>2</sup> En el texto dice: "la edad de la sabiduría" y se refiere a una cita de las *Analectas* de Confucio en donde dice: "a los cincuenta se llega a la sabiduría".

<sup>3</sup> En el texto: "quien había recibido el gorro de adulto". Se refiere a las ceremonias de mayoría de edad que se llevaban a cabo en épocas antiguas. Estas ceremonias se realizaban al cumplir los veinte años más o menos.

<sup>4</sup> Alusión a algo que dijo Ts'ao-ts'ao, héroe de la época de los Tres Reinos (s. III d. c.), refiriéndose a un muchacho de su familia. Quiere decir, un muchacho espléndido.

visitar a un amigo, y cuando se acercó a la vuelta de Ming-ke vio una casa cuya puerta y patio interior eran más bien pequeños, pero la casa en sí parecía ser de gente acomodada. La puerta estaba entreabierta y en ella se apoyaba una muchacha acompañada de una sirvienta. Su encanto y belleza eran tales que parecía imposible que hubiese existido su igual en cualquier época. El joven, al verla, inconscientemente refrenó su caballo, se quedó un momento indeciso, y sin poder irse. Luego dejó caer su látigo y esperó que su sirvienta lo recogiera. Mientras, seguía mirando a la muchacha, y ella, a su vez, le devolvió la mirada; surgió así entre ellos un sentimiento mutuo de admiración. Finalmente, sin osar dirigirle la palabra, partió.

Desde entonces el joven estaba nervioso e inquieto. Un día hablando con un amigo experto en cosas de la capital, le preguntó si conocía la casa. "Allí vive una cortesana llamada Li", dijo el amigo. "¿Y podría conseguirla?" preguntó el joven. "Ella es muy rica" replicó el amigo, "pues los hombres que ha tratado fueron siempre personas de abolengo y de dinero, quienes le han dado muchísimos regalos. No creo que se deje conmover por menos de varios cientos de miles de monedas." A lo que el joven contestó: "Si tan sólo se trata de eso para obtenerla, no me importa gastar millones."

Al día siguiente, ataviado con su mejor ropa y acompañado por un gran séquito, llegó y tocó a la puerta. Un muchacho corrió el cerrojo y el joven le preguntó: "¿Quién es el dueño de esta casa?" El sirvienta no contestó pero corrió gritando: "Aquí está el caballero que dejó caer su látigo el otro día." La muchacha muy contenta dijo: "No dejes que se vaya, enseguida me arreglo, me cambio de ropa y salgo." El joven quien lo oyó todo se alegró mucho. Fue conducido adentro y vio a una vieja de pelo blanco y toda encorvada que por supuesto era la madre de la muchacha. El joven después de saludarla dijo: "He oído que tenéis unas habitaciones vacías, ¿es cierto eso?, pues me interesaría alquilarlas." La vieja contestó: "Me temo que las habitaciones sean demasiado pequeñas y humildes, indignas de ser la morada de alguien tan distinguido como su excelencia. Jamás osaría ofrecérselas." Hizo pasar al joven a una estancia muy linda, lo invitó a sentarse y le dijo: "Tengo una hija más bien graciosa y delicada pero de escasos talentos a quien le encanta recibir gente. La llamaré

para que la conozcáis.” Llamó entonces a la muchacha. Ella apareció con ojos que brillaban, brazos que resplandecían de blancura, moviéndose con pasos elegantes y seductores. El joven se levantó nervioso y confuso sin siquiera osar alzar la mirada. Cuando la hubo saludado intercambiaron algunas frases de cortesía y mientras tanto él no podía dejar de admirar esta belleza nunca antes vista.

Se sentaron, hicieron té y sirvieron vino. Las tazas relucían de pulcritud. Pasó el tiempo, llegó la noche y se oyeron los cuatro toques del tambor del sereno. La vieja le preguntó a qué distancia vivía. “Vivo varias leguas más allá de la puerta de Yen-ping”, mintió el joven con la esperanza de que lo invitaría a quedarse. La vieja dijo: “Ha tocado ya el tambor y debéis regresar enseguida si no queréis estar en falta.” El joven replicó: “En tan agradable compañía no me di cuenta de cómo pasó el tiempo. Debo recorrer una gran distancia para llegar a mi casa y no tengo parientes en la ciudad. ¿Qué puedo hacer?” Li Wa dijo: “Si no os importa la pobreza de nuestra humilde casa, quedaos aquí ¿qué hay de malo si pasáis la noche con nosotros?” Él miró a la vieja quién murmuró: “Está bien, está bien.” Llamó entonces a sus sirvientes y entrególes dos medidas de seda para que fueran a comprar algunas provisiones. Li Wa riendo se lo impidió y dijo: “Esto no está de acuerdo con las reglas de cortesía entre anfitrión e invitado. El gasto de esta noche corre por cuenta de nuestra humilde casa y esperamos que aceptéis la comida ordinaria que os ofrecemos. De lo demás, mañana hablaremos.” Dicho eso no quiso oír ni una palabra más sobre el asunto.

Pasaron entonces al pabellón del oeste amueblado con biombo, cortinas y divanes de un esplendor que confundía y asombraba cofres, tapices y cojines de extrema elegancia y belleza. Encendieron velas y sirvieron comida sabrosa y abundante. Cuando retiraron los platos la vieja salió y los jóvenes empezaron a charlar y a bromear sintiéndose en completa armonía no hubo tema que no tocaran. Dijo el joven: “Desde que usé ante vuestra puerta y os vi, mi corazón ha estado alborotado; esté comiendo o descansando no puedo apartaros de mi mente.” Ella contestó sonriendo: “Yo siento lo mismo.” “Hoy”, siguió diciendo el joven, “no vine en busca de alojamiento sino sólo bien vine para tratar de cumplir el deseo mayor de mi

vida. Pero no sabía cual sería vuestra actitud y..." No había aún terminado de hablar cuando la vieja entró y preguntó de qué estaban conversando. Cuando se lo contaron ella rio y dijo: "Es natural que entre el hombre y la mujer surja el deseo. Cuando el sentimiento es mutuo, ni la voluntad de los padres puede frenarlo. Sin embargo, ¿cómo es posible que mi humilde hija sea digna de compartir la estera y la almohada de un caballero como vos?" El joven se levantó, se inclinó ante ella y le dijo agradecido: "Lo único que deseo es ser vuestro esclavo." La vieja, a partir de entonces lo consideró como a un yerno. Brindaron juntos y luego se separaron. Al día siguiente hizo mudar todas sus pertenencias y se instaló en la casa de las Li.

Desde este momento el joven desapareció y no se dejó ver más, perdiendo contacto con su familia y sus amigos. Día tras día, en compañía de cortesanas y otra gente de la misma calaña buscaba placeres y asistía a banquetes. Cuando su bolsa se encontró vacía, vendió sus caballos y su carruaje y luego hasta los sirvientes. En el lapso de un año se había quedado sin dinero, sin sirvientes ni caballos. Fue entonces cuando la vieja comenzó a tratarlo con insolencia, pero la muchacha parecía estar aún más enamorada.

Un día, Li Wa le dijo al joven: "Hemos estado juntos por un año y aún no estoy encinta. He oído decir con frecuencia que el espíritu del Bosque de Bambú responde a las plegarias como si fuera eco. ¿Por qué no vamos a ofrecer un sacrificio a fin de que pueda cumplirse nuestro deseo?" El joven no sospechando sus designios se alegró mucho. Así, empeñó su abrigo en una tienda y compró el vino necesario para las libaciones y los dos juntos visitaron el templo y oraron en él. Se quedaron dos noches y emprendieron el camino de regreso; ella en coche y él montado en un burro.

Cuando llegaron a la puerta norte, dijo Li Wa: "Aquí cerca, al oeste, dando una vuelta en una pequeña calle, está la casa de mi tía. ¿Por qué no nos detenemos un momento para verla?" El joven aceptó. No habían avanzado más de cien pasos cuando vieron una cochera detrás de la cual se percibía un enorme espacio. La sirvienta que estaba detrás en el coche, lo hizo parar y dijo: "Hemos llegado." El joven bajó de su montura y cuando apareció un mayordomo preguntando: "¿Quién es?" respondieron "Es Li Wa". El mayordomo entró

a anunciarlos y enseguida llegó una señora de unos cuarenta años de edad quien dio la bienvenida al joven y preguntó: “¿Ha venido mi sobrina?” Li Wa bajó de su coche, se saludaron y la señora dijo: “¿Por qué no has venido a verme en tanto tiempo?” y al mirarse se rieron juntas. Li Wa presentó al joven y después entraron por una puerta arqueada en un jardín en donde había sobre un montículo una cabaña rodeada de una vegetación tupida de bambúes y arbustos además de estanques y kioskos que contribuían a crear un ambiente de paz profunda. El joven preguntó: “¿Todo eso es propiedad de tu tía?” Li Wa se rió; no le contestó y enseguida habló de otra cosa. Luego sirvieron té y fruta de excelente calidad. Al poco tiempo de estar allí, llegó un mensajero montado en un gran caballo de Fergana, sudoroso de tanto galopar. Dijo apurado: “La vieja señora ha enfermado repentinamente de gravedad. Está ya casi inconsciente. Debéis regresar enseguida”. La muchacha dirigiéndose a su tía dijo: “Estoy muy agitada. Voy a adelantarme y luego envío el coche para que tú y mi esposo vengan juntos.” El joven quería acompañarla pero la tía y la sirvienta se lo impidieron hablándole y haciendo ademanes para detenerlo antes de salir. Dijo la tía: “La vieja señora seguramente ha muerto ya, vos y yo debemos hablar sobre los arreglos para el entierro, los gastos y demás asuntos. ¿Cómo puedo permitir que os vayáis justo ahora?” Así tuvo que quedarse y juntos acordaron como hacer el entierro y los sacrificios necesarios.

Llegó la noche y como el coche no volvía, dijo la tía: “Aún no nos han enviado el coche, ¿por qué será? Me parece conveniente que vayáis a ver qué es lo que sucede y yo os seguiré sin tardar.” El joven partió y cuando llegó a la casa encontró las puertas cerradas y hasta tapiadas con yeso. Azorado e informado con los vecinos quienes le dijeron: “Las Li rentaban esta casa y como se terminó el contrato fue de nuevo entregada al dueño. La vieja señora se mudó hace dos días. Cuando preguntó si sabían adónde se habían ido contestaron que no. El joven quería volver al barrio de Xuan-yang para interrogar a la tía pero era ya muy tarde y se dio cuenta que no alcanzaría a llegar. Empeñó parte de su ropa para comprar algo de comer y alquilar un sitio para dormir pero estaba tan furioso y apenado que no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Al día siguiente cuando amaneció, cansado y abatido se puso en

camino. Al llegar ante la casa de la tía por más que tocó nadie le abría. Después de gritar varias veces salió un hombre que parecía ser un oficial. El joven le preguntó: "¿Está la tía de la señorita Li?", pero el hombre contestó: "Aquí no vive". El joven insistió: "Pero ayer en la tarde estaba aquí, ¿por qué lo negáis ahora?" y preguntó quién era el dueño de la casa. "Esta es la residencia del ministro Cui", contestó el hombre, "ayer alguien la alquiló para agasajar a unos parientes que llegaban de lejos pero se fue al atardecer."

El joven en su desesperación casi enloqueció de dolor y no sabiendo qué hacer volvió a su antigua casa en el barrio de Bu-zheng. El dueño se compadeció de él y le ofreció comida pero el joven estaba tan deprimido que no probó bocado en varios días y cayó gravemente enfermo. Al cabo de unos diez días empeoró tanto que el dueño pensó que no tenía salvación y por eso lo llevó a una funeraria. Los empleados de la empresa tuvieron lástima de él y se turnaron para alimentarlo. Poco a poco mejoró y pudo levantarse apoyándose en un bastón. Así logró desempeñar pequeñas tareas diariamente en la funeraria, llevando por ejemplo los estandartes en los cortejos fúnebres, y con eso ganaba algo para sostenerse. Después de unos meses había recobrado totalmente sus fuerzas. Cada vez que oía canciones fúnebres, lamentándose de no estar muerto, rompía a llorar sin poder controlarse y cuando regresaba a su habitación tarareaba los cantos. Como era inteligente, pronto adquirió tal destreza en este tipo de música que nadie en Chang-an podía compararse con él.

Había en la ciudad dos empresas funerarias rivales. Una, la del este, poseía magníficos carruajes fúnebres y en esto no temía competencia alguna; sin embargo, fallaba en cuanto a cantantes de lamentos. Cuando los dueños oyeron hablar de la capacidad del joven lo sobornaron con veinte mil monedas a fin de asegurarse sus servicios. Los más antiguos de la empresa le transmitieron toda su sabiduría y le enseñaron en secreto nuevos cantos y armonía. Pasó el tiempo pero nadie se enteró de eso.

Los dueños de las dos funerarias se encontraron un día y dijeron: "¿Por qué no exponemos todos nuestros artículos en la calle Tien-men y hacemos una competencia? El que pierda tendrá que pagar cincuenta mil monedas para cubrir los gastos

del vino y demás provisiones para el evento.” Estuvieron todos de acuerdo y dejaron constancia del trato por escrito, firmándolo en una oficina pública. Acudieron hombres y mujeres y así se reunieron varios miles de personas. El oficial del barrio informó al jefe de policía quien a su vez le avisó al alcalde de la ciudad. Llegaron caballeros de todos los rincones de la ciudad y pronto todas las demás calles quedaron desiertas. Comenzó la exposición en la mañana y terminó al mediodía. Así fueron vistos carruajes majestuosos, coches fúnebres y toda clase de adornos. Los de la funeraria del oeste no pudiendo imponerse tenían cara de vergüenza.

Los del oeste instalaron en la esquina del lado sur de la calle una plataforma sobre la cual apareció un hombre barbudo con una campana en la mano y acompañado de varios ayudantes. Levantó la cabeza, alzó las cejas y doblando las manos sobre el pecho saludó. Cantó entonces la elegía *El caballo blanco*. Confiado en sus éxitos pasados y seguro de que ganaría miró por todos lados convencido de que nadie podía medirle. Fue muy aplaudido y él claramente se consideraba como único en su época y estaba convencido de que jamás sería superado por otro. Después de un rato los de la funeraria del este también instalaron una plataforma en la esquina norte y apareció en ella un joven con un gorro negro en la cabeza, llevando un banico fúnebre en la mano y acompañado por unas cinco o seis personas. Era, claro está, nuestro joven. Se arregló la ropa, saludó con deferencia, se aclaró la garganta y con aspecto modesto se puso a cantar la elegía *Rocío sobre la hierba*.<sup>5</sup> Su voz se alzó cristalina pero tan potente que sacudía bosques y rioses y aun antes de terminar de cantar los que le oían suspiraban y sollozaban y trataban inútilmente de contener sus rimas. Los de la funeraria del oeste fueron puestos en ridículo por la multitud y su vergüenza fue total. Pagaron su deuda prontamente y se escabulleron. Todos los espectadores mirasombrosos y se preguntaban quién podía ser el cantante. Poco tiempo antes de que todo eso sucediera, el emperador había decretado que los gobernadores de provincia debían venir una vez cada año a fin de presentarle un informe en la capital. Sucedió que justo entonces, el padre del joven se encontraba en la ciudad y reuniéndose con varios de sus amigos,

<sup>5</sup> Famosa elegía del s. III d. c. Se refiere a la brevedad de la vida.

vistiendo ropa poco conspicua, fueron a ver la competencia. Acompañábalo un viejo servidor, marido de la nodriza del joven quien reconoció por los ademanes y la voz a su joven amo. No osando manifestarlo, dejó rodar sus lágrimas. Su amo, sorprendido le preguntó cuál era la razón de su tristeza y él contestó: "El joven quien está cantando se parece muchísimo a vuestro hijo desaparecido." El padre replicó: "Mi hijo seguramente fue muerto por bandidos pues traía demasiado dinero. ¿Cómo es posible que sea él?", y al decir eso se le llenaron los ojos de lágrimas y enseguida regresó a su posada.

El sirviente aprovechó para ir rápidamente a interrogar a los compañeros del joven. "¿Quién es el que acaba de cantar?" preguntó, "¡que bien lo ha hecho!" Le contestaron "Es un hijo de familia" pero cuando quiso saber el nombre le dijeron que seguramente no usaba el verdadero. Temblando de la emoción y muy intrigado, el sirviente siguió y alcanzó al joven, enfrenándose con él. Éste al verle palideció, dio media vuelta y trató de escabullirse entre la multitud. El sirviente alcanzó a agarrarlo de la manga y le dijo: "¿Verdad que eres tú?" Entonces el joven lo abrazó y se echó a llorar. Acto seguido fueron a ver al padre. Cuando llegaron, éste dijo enfurecido: "Por tu conducta has mancillado mi nombre, ¿cómo te atreves a presentarte otra vez ante mis ojos?", y arrastrándolo lo llevó al terreno que se halla entre el río Qu y el jardín de los albaricoques. Allí le dio cientos de azotes con un látigo hasta que el joven no pudo más del dolor y se desplomó. Entonces el padre lo abandonó y se fue.

El maestro de canto del joven, le había pedido a un amigo íntimo que lo siguiera en secreto. Éste regresó y contó lo ocurrido a los demás compañeros y todos se sintieron muy afligidos. Enviaron entonces a dos personas con una estera para envolverlo y darle sepultura pero al llegar sintieron que el abdomen conservaba algo de calor. Recogieron el cuerpo y después de un largo rato pareció reanimarse. Lo cargaron y regresaron con él y los compañeros lo alimentaron introduciéndole líquido por un tubo de bambú que le habían puesto en la boca. A día siguiente recobró el conocimiento pero por más de un mes no podía mover ni pies ni manos y las heridas de los azotes se llenaron de pus y de abscesos hediondos. Sus compañeros no aguantaron más y una noche decidieron abandonarlo a t



lado de la carretera. La gente que pasaba por allá se compadecía de él y le arrojaba a veces sobras de comida para que pudiera sobrevivir. Después de mucho tiempo pudo levantarse apoyado en un palo. Así, vestido con un saco de algodón agujerado en cien lugares y tan lleno de parches que parecía codorniz desplumada, una escudilla rota en la mano, iba de un sitio a otro mendigando alimentos. En otoño y en invierno se refugiaba por las noches en las alcantarillas y durante el día deambulaba por las calles y entre los puestos de los mercados.

Un día en que había nevado mucho, apremiado por el frío y el hambre, tuvo que salir a desafiar el mal tiempo. Su voz plañidera de mendigo, era tan desdichada que las personas al oírla sentían una inmensa piedad. Sin embargo, como nevaba tanto, las casas tenían todas las puertas cerradas. Cuando llegó a la puerta este, en el barrio de An-yi, dando vuelta siete u ocho calles al norte del muro de Xun-li, encontró una casa con la puerta entreabierta. Era la casa de Li Wa pero el joven lo ignoraba. Volvió a repetir su lamento y como tenía tanto frío y tanta hambre, era en verdad desgarradora su voz. Li Wa estaba sentada en su habitación y cuando lo oyó dijo: "Este es el joven; reconozco su voz." Se precipitó hacia afuera y lo vio entonces, tan flaco y demacrado, cubierto de llagas y con aspecto que ya nada tenía de humano, que horrorizada exclamó: "No es posible que seas tú." El joven, en el colmo del agotamiento no pudo decir nada, únicamente movió la cabeza. Li Wa lo estrechó en sus brazos, lo envolvió en su chaqueta bordada y le llevó a la estancia del oeste. "El que hayas llegado a este estado es todo culpa mía", dijo con voz quebrada y casi se desmayó.

Mientras, la vieja llegó precipitadamente y alarmada preguntó: "¿Qué pasa?" y la muchacha le dijo: "Es fulano." La vieja furiosa gritó: "Echalo afuera inmediatamente. ¿Cómo permitiste que llegara aquí?" La muchacha recobrando su compostura, la miró fijo y le dijo: "De ninguna manera. Este es un muchacho de buena familia quien solía pasear en carruajes majestuosos y llevaba adornos de oro en su ropa. Llegó a nuestra casa y en poco tiempo lo dejamos sin nada; además tenemos juntas un plan para despojarlo y echarlo. ¡Esto fue inhumano! Ahora, su voluntad está tan quebrada que no puede

ni mezclarse con sus semejantes. El amor entre padre e hijo es un instinto natural pero hemos logrado que el padre mismo se olvidara de sus sentimientos y lo castigara casi matándolo y lo dejara luego abandonado. Todos en el mundo sabrán que soy yo la responsable. Este joven tiene muchos parientes en la corte quienes algún día usarán su influencia para investigar lo que pasó, y entonces la desgracia caerá sobre nosotras. Hemos ofendido al cielo y engañado a la gente y por eso no habrá ni dios ni ser humano que nos ampare. ¡No demos lugar a más calamidades! Ahora bien, he sido hija tuya unos veinte años y calculando lo que has podido gastar para mí, pienso que serán unas mil monedas de oro. Tú tienes algo más de sesenta años, si te doy este dinero, te alcanza para tu ropa y tu comida durante veinte años y yo así pago mi rescate. Iré a vivir separadamente con mi amigo pero no estaré muy lejos y de esta manera mañana y tarde podré venir a verte. Esto es todo lo que yo pido.” La vieja viéndola tan decidida no tuvo más remedio que aceptar.

Después de dar el dinero prometido, le quedaron a Li Wa unas cien monedas de oro y con eso alquiló una casa que estaba a cinco puertas de distancia del lado norte de la suya. Allí bañó al joven, lo hizo cambiar de ropa, lo alimentó con sopa de arroz para curarle el estómago, con queso y leche para ablandarle los intestinos. Unos diez días después pudo darle de comer las mejores viandas importadas y lo vistió de pies a cabeza con gorros, zapatos y calcetines, escogiendo siempre para él la ropa más exclusiva y cara. En unos pocos meses había engordado algo y al año estaba ya como antes.

Un día le dijo Li Wa: “Tu cuerpo está ya sano y tu voluntad fortalecida, pero me he estado preguntando si de todo lo que sabías anteriormente puedes recordar algo.” El joven reflexionó y dijo: “De cada diez cosas recuerdo dos o tres.” Li Wa mandó traer un coche y partió seguida por el joven quien montaba a caballo. Llegaron a un lado de la puerta sur de la Torre de la Bandera en donde había librerías de textos clásicos y le dijo al joven que escogiera los que necesitaba. Gastó unas cien monedas de oro y haciendo cargar todo el lote en el coche, regresó. Alentó a partir de aquel momento al joven, para que se despreocupara de todo y no pensara más que en lograr su ambición. Hasta muy tarde en la noche, el joven se desvelaba

estudiando, poniendo celo y ardor en el trabajo, y ella, a menudo se quedaba acompañándolo y no se iba a acostar sino hasta después de medianoche. Cuando lo notaba demasiado fatigado le pedía que compusiera poesía.

En dos años ya había estudiado tanto que de todo lo escrito en el mundo no había nada que no supiera. Le dijo entonces a Li Wa: "Ahora puedo ya presentar el examen", pero ella le aconsejó: "¡Aún no! Profundiza más tus conocimientos y entonces podrás competir." Transcurrió otro año y por fin ella decidió: "Ahora puedes ir." Se presentó y pasó el examen en el primer intento con tanto éxito que se supo de él en el ministerio de ritos <sup>6</sup> y los eruditos más viejos viendo sus ensayos deseaban expresarle su admiración y ser sus amigos. Pero otra vez Li Wa le advirtió: "¡Aún no! Es cierto que ahora hay letrados menos capaces que tienen puestos y tú piensas que con más razón podrás ser designado para ocupar un cargo de gran importancia. Sin embargo, tu pasado no ha sido intachable y no podrás realizar tan fácilmente tu ambición. Aguza y temple tu intelecto y compite otra vez. Entonces podrás destacarte entre los demás y hacerte conocer como el mejor de los mejores."

El joven siguió trabajando con ahínco y su reputación se fue estableciendo completamente. En este mismo año, fue convocado un examen especial por el emperador <sup>7</sup> al cual participaron los eruditos más distinguidos del imperio. El joven ganó el primer lugar en el ensayo de crítica, y en seguida fue nombrado consejero militar en la prefectura de Cheng-du Fu. Todos los ministros y altos funcionarios eran sus amigos.

Cuando estaba alistándose para partir, le dijo Li Wa: "Ahora ya has vuelto a ser lo que eras antes. Yo, no pienso ser una carga para tí y dedicaré mi vida a cuidar a mi vieja madre. En cuanto a tí, debes casarte con una muchacha de buena familia quien sea digna de acompañarte cuando realices sacrificios en tu templo ancestral. No dejes que nada man-

<sup>6</sup> Uno de los seis ministerios que dependían del Departamento de asuntos del Estado, durante la dinastía Tang. Estaba entre otras cosas encargado de convocar y supervisar los exámenes doctorales.

<sup>7</sup> Aparte de los exámenes regulares como lo eran los diferentes exámenes de doctorado y el de selección de funcionarios, había exámenes especiales que eran convocados por el emperador y el pasarlos era un honor.

che tu vida sea dentro o fuera del matrimonio. Piensa en eso y cuidate. Yo aquí te dejo y me retiro". El joven al oír eso le suplico llorando: "No me abandones pues me mataré." Ella permaneció inflexible pero como el joven le rogó y suplicó tanto por fin le prometió: "Te acompañaré hasta más allá del río, llegando a Jian-men. Allí nos separaremos." Él tuvo que aceptar. En poco más de un mes llegaron a Jian-men. Antes de que volviera a emprender su viaje, llegaron noticias sobre el nombramiento del padre del joven, anterior gobernador de Chang-Zhou, como gobernadores de Cheng-du y supervisor del camino de Jian-nan. Unos doce días antes había llegado y el joven fue según la costumbre a presentarse en la residencia oficial y allí entregó su tarjeta. El padre no lo reconoció pero al ver sobre la tarjeta del hijo los nombres del padre y del abuelo y sus títulos oficiales le dio un vuelco el corazón. Lo mandó llamar y lo hizo subir y abrazándolo, lloró. Después de un rato dijo: "Ahora somos tu y yo padre e hijo igual que antes", y quiso que le contara lo que había pasado. El joven se lo dijo todo y el padre admirado le preguntó sobre el paradero de Li Wa. "Ella me acompañó hasta aquí", le dijo, "pero ahora quiere regresar." El padre exclamó: "¡Esto no puede ser!" El día siguiente envió a su hijo a Cheng-du pero hizo que Li Wa se quedara en Jian-men, mandó arreglar unas habitaciones para que se alojara y le pidió a una casamentera que se ocupara de arreglar el matrimonio entre las dos familias y asimismo cumpliera con los ritos necesarios. Así se unieron como antaño lo hacían las familias de Chin y de Jin.<sup>8</sup>

Desde el día en que se casó, Li Wa, año tras año y durante todo el año cumplió impecablemente con su deber de esposa y administró su casa con mucho tino. Por todo eso, los suegros la querían mucho. Pasaron los años y cuando murieron los padres del esposo la devoción filial que demostraron al cumplir con los ritos fue tal que comenzaron a aparecer signos sobrenaturales. Por ejemplo, sobre la cabaña mortuoria<sup>9</sup> crecieron hongos de buena suerte con tres ramas en

<sup>8</sup> Estados feudales durante la época de los Reinos Combatientes cuyas familias reinantes frecuentemente hacían alianzas matrimoniales.

<sup>9</sup> Según la vieja costumbre de duelo confuciano, los familiares más cercanos de los desaparecidos, construían una cabaña cerca de la tumba y vivían allí, a veces por tres años durante todo el periodo de duelo.

cada tallo y eso llegó a oídos del emperador. También en las vigas debajo del techo de su casa anidaron varias decenas de golondrinas blancas. Al oír todo eso, el emperador lleno de asombro ascendió de grado al marido y al terminar los tres años de luto<sup>10</sup> éste ocupó sucesivamente varios puestos todos muy ilustres. En diez años sirvió en varios distritos y a Li Wa se le concedió un feudo y el título de señora de Jian-guo. Tuvieron cuatro hijos varones y todos llegaron a ocupar altos puestos; el que menos, fue prefecto de Tai-yuan. Se casaron con hijas de familias distinguidas y tanto en su vida pública como en la privada no tuvieron nada que desear.

¡Qué increíble! Vemos en este caso, en la conducta de una cortesana una rectitud que no ha sido frecuentemente igualada por mujeres célebres en la historia. Es lógico que una historia así nos haga suspirar.

Mi tío abuelo, quien fue gobernador de Jin-zhou y luego trabajó en el ministerio de finanzas, primero como inspector de aguas y luego de caminos, fue en sus tres puestos colega del esposo de Li Wa y por eso conocía la historia en todos sus detalles. En la era Zheng Yuan<sup>11</sup> me encontraba un día con Gong-zuo de Long-xi<sup>12</sup> y hablábamos de mujeres casadas de conducta sobresaliente. Le conté la historia de la señora de Jian-guo. Gong-zuo quedó muy impresionado y me pidió que la escribiera. Por eso, tomando mi pincel lo mojé en tinta y registré los hechos.

<sup>10</sup> Tiempo reglamentario de duelo para los padres. Aun cuando no se vivía en una cabaña etc., durante estos tres años no se podía ejercer ninguna función pública.

<sup>11</sup> Años 785 a 805.

<sup>12</sup> Se trata del escritor Li Gong-zuo.